

“DESVELAR LA VIOLENCIA: UNA ESTRATEGIA PARA LA PREVENCIÓN Y EL CAMBIO”

Inmaculada Romero, psicóloga

A pesar de que la violencia contra las mujeres es un fenómeno antiguo y extendido, es solo recientemente cuando ha empezado a ser visibilizado y tenido en cuenta por las instituciones y por la sociedad en general, a ser considerado un grave problema social por su origen, su magnitud y sus repercusiones.



La violencia contra las mujeres fue declarada por la OMS una prioridad de Salud Pública en el mundo por estar el sector sanitario en primera línea de contacto con las víctimas de la violencia, y por su capacidad técnica y posición en la comunidad para poder ayudar a estas víctimas.

Desde la comunidad internacional se asume de forma generalizada la existencia objetiva de un tipo de violencia basada en el género, es decir, es comúnmente aceptada la idea de que las mujeres sufren un plus de violencia por ser mujeres. Esta violencia se produce en todos los ámbitos y países, y afecta a mujeres de cualquier edad, clase social, creencias o religión.

La violencia ejercida contra las mujeres impide el desarrollo de su salud y afecta por tanto a su bienestar bio-psico-social. Las secuelas son importantes a nivel físico, psíquico y sexual. Supone un riesgo para la aparición de nuevas enfermedades y para el empeoramiento de las ya existentes. Provoca igualmente el sufrimiento emocional de las mujeres afectadas, condicionando una transformación persistente de su personalidad.

Adentrándonos en la complejidad del fenómeno de la violencia contra las mujeres, son dos los elementos que me parecen más significativos. Por un lado la invisibilidad de gran parte de la violencia que sufren las mujeres, y por otro, los mandatos de género que pesan sobre las mujeres en nuestra sociedad.

Ambas cuestiones pueden atrapar a una mujer en una relación violenta, a veces sin darse cuenta, sufriendo graves secuelas físicas y psicológicas, y sin poder tomar la decisión de abandonar dicha relación.

La violencia contra la mujer dentro de una pareja tiene lugar en forma de proceso imperceptible, con unos primeros incidentes de control, dominio y violencia de baja intensidad que los hacen prácticamente indetectables, lo que dificulta la posibilidad de reacción ante ellos. Incluso estos primeros incidentes, ese clima de amenaza y coacción, va afectando gravemente a su autoestima, dando lugar a una variada sintomatología que va debilitando a la mujer. Poco a poco, la intensidad va en aumento, así como la importancia de las secuelas, paralizando a la mujer e impidiendo que reaccione ante la primera agresión.

Por otro lado, la mujer se ve sometida al cumplimiento de una serie de normas o mandatos que conforman una identidad femenina estereotipada en nuestra sociedad. Esta identidad privilegia lo emocional sobre cualquier otra dimensión, e incluye el cuidado de los otros, la creación y el mantenimiento de los vínculos de apego. De ahí que las pérdidas amorosas o el incumplimiento de estos mandatos generen culpa y miedo a las mujeres atrapadas en estas relaciones.

Ambas cuestiones, la invisibilidad de la violencia y los mandatos de género, actúan como trampas para la mujer, que entra en la relación de abuso sin ser consciente claramente de ello, no pudiendo percibir desde dentro de su relación cómo va cambiando y agravándose la situación. Factores como el miedo, la culpa y el deterioro que causa la violencia, explican desde, el punto de vista psicológico, la dificultad para tomar decisiones adecuadas.

Se hace necesario desvelar las violencias invisibles que sufren las mujeres, así como las creencias, valores y prejuicios que conforman una identidad estereotipada para empezar a erradicar este grave problema social.